

Un valle de finales del siglo dieciocho, periodo romántico, en verano. Algo está escondido, algo que no se ve pero las líneas del dibujo lo señalan y otras, me lo ocultan. Una humareda con tres caras que me miran, frente a frente. Letras del alfabeto para deducir el código: la mosca, la máscara, la estela, el fuego, la flor, la moneda, la firma, la nube, el rayo, el reflejo, el muelle, el error. Estatuas en una vasija plana, el jardín y la fuente llena de monedas, el pretil, viejo, un dios que mira que es una nube. Están solos, tengo que decidir yo qué son, el cabello se les ha evaporado y al hacerse gaseosos han perdido el pecho, pero las caras que son nubes aun son más definidas. El ojo, y detrás los dioses. Flota frente al árbol, hay vegetación, pájaros y mosca. Y en el árbol una serpiente y un pollo desollado sin cabeza. La madre mosca acuna en sus brazos al hijo mosca. Ahora la mosca revolotea multiplicada alrededor del alfabeto. Ahora la mosca en desmayo lleva pantalones ajustados, le ha asustado el fantasma de un hombre calvo. Numero tres, como las estelas de Oriente, separadas por no sé qué impedimento técnico, pero tú quieres unir las. Hay nubes barco, mucha vegetación, mar y elevaciones oro, gráficas. Conclusiones de un paisaje, mar encrespado, apenas sí dos árboles, nubes negativas y lomas de colmillo no muy afiladas. Las monedas son serpientes de lo que podría ser verde. Las nubes devienen mascararas. El cielo por un niño, soles, lunas, estrellas, rombos y zigzags en renovación del alfabeto. ¿Quién es la mosca? Porque siempre vuelve. ¿Eres tú? Retazos de letras en retazos de tonos, sobres de carta, todo se complica un poco en este punto. Mujeres de cuerpos enteros y un pez de esos profundos, un calamar, y todos en un paisaje primero. Ellas vuelan, nadan, son nubes y son arboles. Hay un segundo pez que casi se me escapa y una manta raya, que casi se le escapa al pez. Más cielo que en ninguno, más lugar para el contraste con el vacío. Eso lo hace diferente al resto. Casi solo hay vegetación si el agua que yo creo es agua, pero podría no serlo. Eso me hace perderme más en el trazo, me imagino mas tu mano y menos tu cabeza, y me hace querer desear comprender menos. Una letra “a”, por muchas partes, igual a la “a” que le sobra a la palabra nadia para no ser nadie, o así, en francés, pero la “a” también es el filo inferior de las nubes. Levanta la mirada al cielo, porque de todo lo anterior ahora solo se ven las últimas ramas. Mi orden es este, igual me he equivocado, los textos también me gustaban más de atrás adelante. Me voy pero me vuelvo. Desde la puerta diecinueve laminas azules con signos blancos, por eso Grecia y los dioses. Para tener un rostro en este cuarto hay que estar muy poco coloreado. Lo pequeño blanco es en el mar o en el cielo lo que brilla, así de simple. Cuanto más pequeño, menos lo distingo y más curiosidad me provoca. A más distancia, más secreto. No busco más sentidos.

Texto de Gabriel Ocina para la exposición *No hoy ni mañana*, 2016.